

en pensamientos como el siguiente: «Claro, como esta vez no me puso Pine, ahora me siento más culpable».

Como vemos, la cosa está repartida. Por mi parte, siempre he dejado que el cliente sea el que solicite o no saber la fórmula. Aunque debo reconocer que en algunos casos he tenido que pactar con clientes obsesivos el secreto de la misma, al menos en las primeras fases del tratamiento, con la promesa de que al final de la terapia les revelaría las flores que habían tomado. La mayoría de ellos me ha agradecido esta propuesta con alivio. Cabe destacar que una de las características de los obsesivos es su excesivo control de los detalles y situaciones, sumado a su natural desconfianza.

Capítulo 67

¿Hay que tener cuidado con las flores? ¿Está preparado el cliente para según qué información? (R)

Creo que resulta casi imposible no mirar una herramienta nueva, o relativamente nueva, con unas gafas preexistentes. Dicho de otra forma, las Flores de Bach no se libran de ser consideradas desde otras ópticas, como la farmacológico-alopática o la homeopática.

Desde el primer paradigma, se hablará de incompatibilidades, efectos adversos, secundarios o colaterales, e incluso de contraindicaciones. Y, para quien nada o poco conoce de las flores, esto resulta de lo más lógico y conveniente.

Creo que lo más importante es entender que las esencias florales no son principios activos, es decir, no hay una molécula (un grupo de átomos) con una acción específica, como en un fármaco o un producto fitoterápico. En los supuestos anteriores existe una relación causa-efecto evidente entre la ingesta del medicamento o producto y su acción.

Pero si tomamos tal o cual esencia floral no podemos dar por descontado un efecto similar o parecido. ¿Por qué? Porque las flores no aportan una información física, sino energética, vibracional, y actúan como catalizadores de aquella que está en nuestro interior. Más bien las veo como desobstructoras de una información que, de alguna manera, ha quedado bloqueada.⁷⁸

Lo anterior es crucial para entender el motivo por el que no se puede hablar de «flores peligrosas o inadecuadas», o presuponer que uno puede no estar preparado para la información «que dan» las esencias. Ellas simplemente ayudan a liberar ideas y patrones atascados, y ¿acaso uno no está preparado para percibir esa información privilegiada?

Guiado por el sentido práctico y teniendo en cuenta la diversidad de criterios de los lectores, prefiero plantear dos explicaciones distintas, aunque complementarias, de los supuestos «efectos secundarios» de la toma de flores. La primera va dirigida a aquellos que comparten los principios filosóficos de Bach; la segunda, a quienes no sintonizan exactamente con ese lenguaje, pero están interesados por las flores o directamente, las usan. Al mismo tiempo, estas dos visiones pueden ayudar a la hora de brindar información a nuestros clientes.

Explicación 1:

En el aspecto más evolutivo de las Flores de Bach, su creador nos explica que las esencias servirán para reestablecer la necesaria comunicación entre el alma y la personalidad; nos ayudarán a corregir los defectos de esta última, que son los que nos alejan del auténtico camino. Existe, pues, una parte sutil, anhelante y siempre dispuesta a reconectar con el alma. Pero, sin duda, hay que hablar de otra: la de nuestra personalidad desviada, que se rebela cuando el mensaje canalizado por las esencias le recuerda que debe retornar a la tutela intuitiva del alma, aunque esto implique renunciaciones, resistencias, miedo, irritación, tristeza, etc. Es esto lo que, siempre a mi modo de ver, puede

⁷⁸ Revisar capítulo 2.

generar las incomodidades y movilizaciones que los terapeutas poco entrenados perciben como «molestos efectos secundarios o adversos de tal o cual flor». Dicho de otro modo, el cliente está transitando la llamada *zona de incertidumbre*.⁷⁹

Explicación 2:

Todo proceso de toma de conciencia puede conllevar molestias. Los reajustes inherentes a toda terapia profunda implican la vivencia de aspectos agradables y desagradables. Se trata de un proceso de reordenación, de reequilibrio, algo así como tener «obras en casa», y esto, a veces, puede suponer molestias debido a la resistencia del ego a admitir ciertos defectos. Por otra parte, la toma de conciencia de ciertas emociones y sentimientos dolorosos, como odio, culpa, angustia, tristeza y muchos otros, suele ser desagradable, por no hablar ya de sensaciones somáticas que sobrevienen en estos reajustes.

Conviene recordar que mente, emoción y físico están «pegados», existen en un territorio compartido. No puede haber lo uno sin lo otro, pues forman parte de una misma cosa: el ser humano. Cualquier pensamiento tiene una correlación emocional y física inmediata. Cualquier sensación somática trae aparejada un pensamiento, una emoción o un sentimiento, por pequeño que este sea. El que no seamos conscientes de esta dinámica no quiere decir que no se dé.

En realidad, estas «molestias» pueden ocurrir en cualquier terapia que se dirija al núcleo del conflicto. De hecho, no es necesario tomar nada para entrar en crisis o experimentar una catarsis, y esto los psicoterapeutas lo saben de sobra. La vida misma nos moviliza con solo salir a la calle. La diferencia estriba en que con una Terapia Floral bien llevada, y con un encuadre terapéutico competente, estas tomas de conciencia, a veces dolorosas, van a ser enormemente provechosas y constructivas. Al menos, el paciente estará acompañado por un terapeuta que comprende y acepta los procesos humanos.

⁷⁹ El lector puede volver al capítulo 2 y consultar la figura impresa.

Llegados a este punto, hablar de si el cliente está preparado o no para mejorar resulta, como mínimo, paternalista. La cuestión de fondo es si el terapeuta está preparado o no para acompañar al cliente en la experiencia que el proceso floral implica.

Capítulo 68

Entonces, ¿no existen flores peligrosas o incompatibles?

(R)

No, no existen, y la creencia contraria parece formar parte, otra vez, de una visión farmacológica y mecanicista de las Flores de Bach.

Creo que uno de los problemas básicos parece producirse cuando el terapeuta no se sitúa como colaborador del cliente, sino que se erige, equivocadamente, en el supuesto artífice y protagonista de la terapia y, por tanto, en el presunto gestor de las emociones de este.

Reflexionemos sobre la siguiente frase: «Te voy a dar esta flor para que te haga tal o cual cosa». Este abordaje resulta del todo inadecuado porque exime a la persona de su propia responsabilidad en la gestión de sí mismo, al mismo tiempo que sitúa al terapeuta y a su «habilidad de formular» en el ojo del huracán.

Otro de los errores más frecuentes es la *generalización*. Un terapeuta observa que coincide en el tiempo la toma de una determinada esencia con un síntoma o signo concreto, por ejemplo, la salida de una erupción en el cuello. He visto que algunas veces esto es suficiente para extender el rumor de que la toma de esa flor produce erupciones. Ese cuadro puede estar relacionado con el proceso terapéutico o no. Lo podríamos entender como el resultado de una expresión emocional no manifestada que se presenta en un plano diferente del emocional o mental, con lo que nos sirve para obtener información.

Como señalé anteriormente, cualquier pensamiento o sentimiento tienen una correlación física más o menos rápida. Pero la erupción del ejemplo anterior también puede estar producida por cualquier otra circunstancia: una reacción alérgica a una cadenita nueva que roza el cuello, la ingesta de un alimento o fármaco, y otras muchas causas.

Por tanto, resulta demasiado precipitado y simplista atribuir a una flor concreta una posible somatización determinada para *todas las personas* que la tomen. Estas generalizaciones no se atribuyen a autores florales de prestigio, más bien corresponden a cotilleos, comentarios en foros, cursos, demandas de atención... De hecho, cuando se intenta profundizar y recabar más información, el tema suele desvanecerse en el aire.

Lo peor es cuando el terapeuta proyecta sus temores en determinadas flores del sistema. En este sentido, las que más han «recibido» son Agrimony y Star of Bethlehem: dos esencias clave del sistema.

Pero ¿cuál es el mensaje implícito cuando un terapeuta dice que Agrimony o cualquier otra flor es peligrosa? Muy simple: «Me dan miedo mis propias emociones... y, por tanto, las de los demás». ¿No sería acaso más lógico y coherente emprender un trabajo personal antes de situarse delante de un paciente o, al menos, supervisar los casos? ¿En qué momento se ha convertido el terapeuta en una especie de aprendiz de brujo que cree tener la potestad de convocar o desatar las fuerzas del infierno en el pobre cliente? ¿Esto no resulta como mínimo excesivamente autocentrado o vanidoso? ¿Qué culpa tienen las flores de nuestras limitaciones personales o técnicas?

Es difícil encontrar un sistema terapéutico más respetuoso y amable con las personas y los animales que el creado por el Dr. Bach. ¿Por qué no confiar totalmente en él?

Un terapeuta debe estar preparado para transmitir confianza y apoyo a su cliente. Los Terapeutas Florales no somos guías ni sanadores, simplemente colaboradores, acompañantes temporales en un proceso elegido por el propio cliente.